

Fr. Marie Michel Philipon O.P.
Maestro en Sagrada Teología

*LA PALABRA DE DIOS
Y EL IDEAL DE LA ORDEN DE PREDICADORES*



El autor enseñando en el convento de Saint Maximin en el año 1940



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

LA PALABRA DE DIOS Y EL IDEAL DE LA ORDEN DE PREDICADORES

El asunto cuyo estudio se nos encomendó lleva por título La predicación doctrinal en la Orden. El tema es de tal importancia, que en realidad se identifica con la misión de nuestra Orden en la Iglesia. Nuestra predicación y apostolado dominicanos han de estar revestidos en todos sus aspectos de esta nota esencialmente doctrinal, que es la característica fundamental de la Orden de la Verdad.

Cada una de las grandes familias religiosas tiene su manera peculiar de expresar a Cristo. Nuestra Orden, según el célebre testimonio de Santa Catalina de Siena, ha recibido en la Iglesia “el oficio del Verbo”. Esta será, pues, su manera personal y constante de imitar a Cristo.

Mas el oficio o misión del Verbo es ser el Pensamiento del Padre, su Logos, su Palabra viva y encarnada, la Revelación de Dios a los hombres. La Orden, a su vez, debe ser, pues, a través de los siglos, una Palabra de Dios, viva y eficaz, que manifieste a los hombres la economía de los misterios divinos. Luego la tarea propia de la Orden es ser permanentemente una Palabra de Dios, dentro de la más pura línea de la misión misma del Verbo, en cuanto Verbo.

Gracias a Dios, nuestra Orden es en la actualidad perfectamente fiel a su vocación de Predicadora. En todos los países del mundo resuena la voz dominicana, amplificada por la radio, la televisión y las demás técnicas modernas. ¿Cómo no confiar en que ahí, precisamente en su misión providencial, ha de encontrar la razón de su existencia en la iglesia militante hasta el fin de los siglos? La Palabra de Dios es para los hombres una necesidad eterna.

Con objeto de que nos percatemos bien de ese carácter doctrinal de la predicación dominicana, es decir, de nuestra función de Palabra viva de Dios en la Iglesia, vamos a examinar:

—su naturaleza.

—sus fuentes.

—y, como conclusión, su papel fundamental en toda nuestra espiritualidad dominicana.

I. SU NATURALEZA

Analicemos, en primer lugar, su naturaleza: este es, en efecto, el punto fundamental. Se trata de definir este “ministerio de la Palabra”, que de hecho constituye en su totalidad el ideal de la Orden y su misión específica en la Iglesia de Cristo. Ningún asunto afecta tan de cerca a la esencia misma de la Orden.

Un rápido recuerdo de lo que es la “palabra humana” nos llevará hacia una noción exacta de la “Palabra de Dios”.

Aquí convendría en realidad repasar toda la filosofía del lenguaje: su naturaleza y función universal en la existencia humana, partiendo de las formas más familiares de la vida ordinaria hasta llegar a las expresiones más desarrolladas del pensamiento y del arte a lo largo de la historia de las civilizaciones.

La palabra es la proyección externa de nuestro pensamiento interior, la expresión suprema de un ser humano. Su papel es incalculable; la palabra es el lazo de unión del hombre con sus semejantes y con Dios.

De igual manera, la Palabra de Dios contiene y expresa el Pensamiento de Dios. Ella es la Revelación de “Aquel que es” y la comunicación, en lenguaje creado, de todos los misterios divinos. Porque Dios ha hablado al hombre. La Biblia es por excelencia el libro de la Palabra de Dios. Desde el Génesis al Apocalipsis, la acción primordial de Dios sobre los hombres se realiza por medio de la Palabra.

El diálogo de Dios con el hombre comenzó en la creación, continuó a través de toda la historia de Israel, y, bajo, una forma nueva, por medio de la Iglesia, deberá llegar a cada hombre en particular hasta el fin de los tiempos.

Esta Palabra de Dios aparece sujeta a un doble régimen: una palabra interior, directa, carismática o no, bajo el soplo del Espíritu; y una palabra exterior, transmitida al resto de los hombres por los profetas del Antiguo Testamento o por la Iglesia.

De ahí la existencia de mensajeros de Dios, encargados de comunicar a los hombres las enseñanzas y mandamientos de Javhé. Basta abrir la Biblia para descubrir el papel singular de la Palabra de Dios en la economía de la salvación. La misión principal de Moisés y los profetas está ligada a este ministerio de la Palabra. “Dios envía su Palabra hasta los extremos de la Tierra”, nos repiten los salmos. Y nos envió también mensajeros hasta el momento en que Aquel que es la Palabra eterna se encarnó entre nosotros. “Dios, que en tiempos pasados habló a nuestros padres por medio de los profetas, al fin de estos días nos habló a nosotros en la persona misma de su Hijo” (Heb 1, 1). En Él nos lo, ha dicho todo. En el Verbo encarnado resplandece con su máxima claridad el ministerio de la Palabra de Dios. El mismo Jesús redujo, en muchas circunstancias, toda su misión doctrinal a la proclamación profética de Dios. “He sido enviado para predicar el Reino de Dios” (Lc 4, 43). “Padre, he cumplido la obra que me habías confiado, he manifestado tu nombre a los hombres” (Jn 17, 3, 6). Así, pues, la misión del Verbo se realiza por el ministerio de la Palabra. A la luz de la predicación de Jesús aparece con evidencia el papel primordial de la Palabra. Después del sacrificio de la Cruz, nada hay en la economía de la salvación que tenga un poder salvífico igual al de la Palabra de Dios.

Los Apóstoles, recordando el ejemplo de su Maestro, situarán en el primer plano de sus actividades el “ministerio de la Palabra” (Act 6, 4), dando de lado con decisión a

cuanto pudiera desviarles de este oficio principal. Con el fin de evitar toda pérdida de tiempo, dejarán en manos de otros las tareas secundarias y materiales, demasiado absorbentes e incompatibles con su propia misión. Quieren poder consagrarse por entero "a la oración y a la Palabra de Dios" (Act 6, 4). Estas palabras deberían estar en todos nuestros conventos grabadas con letras de oro.

Partiendo de Abraham, de Moisés, de los Profetas, de Cristo y de los Apóstoles, toda una economía del ministerio de la Palabra regirá la historia de nuestra salvación en el Antiguo Testamento y en la Iglesia que lo continúa. Dios ha escogido y continúa escogiendo a los hombres para confiarles como primordial tarea y como el medio más eficaz de acción el "ministerio de la Palabra".

A continuación de los Apóstoles, esta misión de evangelizar los misterios de Dios constituye el oficio más importante de los sucesores de los Apóstoles, los Obispos. "El oficio principal del Obispo —afirma Santo Tomás de Aquino— consiste en la función de enseñar, *officium docendi, tanquam principalissimum*" (3, 67, 2 ad 1).

Con este mismo vigor subrayaba el Concilio de Trento la soberana importancia de esta ocupación episcopal: "*Praedicationis munus, Episcoporum praecipuum est*" (Ses., 24, De Ref., c. IV).

Según esto, la misión de los predicadores se integra aquí como una participación de la misión de enseñar que corresponde a los obispos en la Iglesia.

Por esto, con plena conciencia del sentido original de esta misión de Predicadores, la Iglesia por boca de los papas, nos ha presentado siempre como modelos a los mismos Apóstoles.

He aquí las verdaderas perspectivas que en nuestra vocación divina de Predicadores nos introducen la línea de los Profetas, de Cristo, de los Apóstoles y de los Obispos, propagadores y guardianes de la fe por "el ministerio de la Palabra". Hay una continuidad orgánica entre su vocación sublime y la nuestra. Un fraile Predicador debería pasar sobre la tierra como otro Verbo encarnado predicando a todos el Reino de Dios. "Como mi Padre me ha enviado, también Yo os envío a vosotros..." (Jo 20, 21). "Id y evangelizad a todos los pueblos" (Mc 16, 15 ; Mat 28, 19)

Los obispos de la Iglesia primitiva cumplieron este ministerio de la Palabra con fidelidad; por su enseñanza asidua de los misterios cristianos engendraron la fe en las almas, mereciendo el nombre de "Padres de la Iglesia".

Al no bastar los obispos para esta tarea de evangelización, las necesidades de la Iglesia han exigido la fundación de grupos de hombres consagrados a este ministerio esencialmente apostólico y episcopal de la Palabra de Dios. De aquí, el origen de los Predicadores. Santo Domingo fundó la "santa Predicación de Prulla" y después la de Tolosa.

¿Será necesario subrayar la trascendencia de esta misión? ¿Cómo la forma eminente de la que más tarde se llamará la “vida mixta” de Cristo, de los Apóstoles y de los obispos no ha de ser superior a todas las formas de vida activa y contemplativa en la Iglesia? ¿Cómo el ideal de los Predicadores no ha de participar de la misma trascendencia, si realiza las mismas funciones?

Cuanto la acción evangelizadora del Verbo y de todos los mensajeros de la Palabra de Dios, profetas, apóstoles, obispos, tiene una mayor excelencia sobre toda consagración a las tareas de la vida activa al servicio del cuerpo místico de Cristo, tanto la función iluminadora de los Predicadores sobrepasa las demás obras exteriores de la Iglesia militante. Nada iguala a la misión de hacer descender a las almas la luz de Dios. “La Caridad de la verdad”, oficio propio del Verbo, sigue siendo la forma más elevada de la Caridad fraterna. Consagrarse, por entero y para siempre, a la predicación del Reino de Dios, a la difusión de la verdad divina, constituye la más alta actividad de un ser humano aquí abajo, la más perfecta imitación de Cristo en su misión de Verbo Encarnado, iluminador de los espíritus y, por esto mismo, Salvador.

Esta actividad apostólica rebasa incluso la vida puramente contemplativa. Más perfecto es poseer la luz para iluminar a los demás, que tenerla sólo para sí: *maius est illuminare quam lacere solum* (II-II, q. 188, a. 6). Esto supone una plenitud de superabundancia como en el alma de Cristo.

Después de esta rápida, aunque necesaria, visión que, siguiendo el método comparativo, hemos realizado sobre el oficio de Cristo, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Obispos e incluso sobre otras formas de vida activa o contemplativa, entre las múltiples funciones eclesiales, estamos ya en condiciones de definir ese ministerio de la Palabra, ideal del Predicador. El genio didáctico de Santo Tomás ha sabido expresarlo en una fórmula que se ha hecho clásica: “contemplar y dar a los demás el fruto de esas luces contemplativas”: “*contemplari et contemplata aliis tradere*”.

Hay tres maneras de pronunciar esta célebre fórmula.

Unos, los maestros de novicios y los hombres de vida interior, queriendo insistir, y con razón, en el primado de la contemplación, la articulan saboreando lentamente la primera parte de la frase, escogiendo con preferencia la variante más fuerte que marca, redoblándolo, su sentido primordial contemplativo: “*contemplari et contemplata aliis tradere*”.

Otros, más hombres de acción que contemplativos, toman la breve fórmula apoyando el acento sobre el final: “*aliis, aliis*”, como si se tratara, ante todo, de salir del convento y correr hacia el exterior. Esto es confundir la acción con la agitación. Es el peligro que nos acecha si nos dejamos llevar por el ritmo acelerado del activismo moderno.

Hay una manera más serena, más verdadera, de pronunciar esta admirable fórmula, que sintetiza nuestro ideal y determina definitivamente sus elementos

constitutivos, y es poniendo en relieve el primado de la contemplación, pero sin excluir ni minimizar los valores de la acción; al contrario, manteniendo todo el impulso dinámico de su irradiación apostólica sobre los hombres: “contemplari et contemplata aliis tradere”.

Esta fórmula famosa tiene tal riqueza, que los hombres de acción y numerosas familias religiosas dedicadas al apostolado tienden a apropiársela como expresión integral de su ideal. Importa, pues, precisar su sentido verdadero por una distinción capital. La acción iluminadora del Predicador procede de la contemplación, no sólo subjetivamente, “ex fine operantis”, de un alma personalmente llena de Dios por la fe y el amor, sino “ex fine operis”, objetivamente, por la esencia misma de la obra exterior que ha de realizarse: la transmisión de una doctrina sagrada, de una verdad divina. Es el caso único de la vida mixta, que no es una mezcla de vida interior y de acción exterior, sino que consiste exclusivamente en una acción iluminadora que presupone la contemplación como fuente, a imagen de la generación del Verbo, y que hace descender a las almas la luz de Dios.

A veces se comparan, atribuyéndoles un valor equivalente, la fórmula ignaciana: “in actione contemplativus”, y la de Santo Tomás: “contemplata aliis tradere”. Entre ambas fórmulas hay tanta distancia como entre cielo y tierra. El genio religioso de un San Ignacio ha sabido ofrecer a la Iglesia una Compañía de valientes apóstoles de Cristo, de un heroísmo admirable al servicio de todas las obras, activas o contemplativas, de la Iglesia militante. Y San Ignacio, el primero, como todos los fundadores, fue él mismo la encarnación más perfecta de su Instituto, llamado providencialmente a imprimir su espíritu en tantas congregaciones modernas. En medio de cargos y ocupaciones más dispares, en el seno de la actividad más desbordante, supo mostrarse un hombre de acción con la mirada interior fija siempre en Dios; verdadero contemplativo en la acción: “in actione contemplativus”.

Santo Tomás ha analizado este aspecto de la acción apostólica —tomada incluso como forma de vida puramente activa—, la cual debe proceder de la contemplación, basándose en las exigencias subjetivas de la unión con Dios, que es común a toda perfección cristiana. En este sentido concreto, señala el Santo Doctor, esas formas de vida activa derivan, de la contemplación: “Cuando los religiosos se ocupan en obras de vida activa por amor de Dios, es lógico que su acción derive de la contemplación de lo divino. Por tanto, no carecen totalmente del fruto de la vida contemplativa” (II-II, q. 188, a. 2, ad 1).

Cayetano añade la glosa: “Advierte que la operación de la vida activa se refiere a la contemplación de lo divino de dos maneras:

En primer lugar, como efecto de la misma contemplación. Y así la predicación es una obra de vida activa, que emana de la contemplación.

En segundo lugar, como efecto del mismo Dios contemplado como fin. Y así todas las obras de misericordia, sean espirituales, sean corporales, derivan de la

contemplación. Porque si no fijaran su mente en Dios como fin, nunca les movería su voluntad a ejecutar las obras de vida activa por amor de Dios.”

Esto, repetimos, es realmente una exigencia común a toda perfección cristiana, y no una obra objetiva de contemplación desbordante, característica de la vida mixta.

Todas las formas religiosas de vida activa requieren, por este hecho, horas de meditación, de silencio, de soledad, de lectura espiritual, de contactos íntimos con Dios, para que sus miembros realicen sus tareas cotidianas en una atmósfera de unión divina, en un clima teologal. Se ven numerosos cristianos, incontables almas religiosas, dadas a las múltiples obras de enseñanza o de hospitales, de la caridad misionera, elevarse de este modo a la cima de la perfección evangélica y del heroísmo.

Pero hay que recalcar bien que, si el primado de la vida interior dispone, habilita personalmente, a los miembros de las Órdenes activas a realizar santamente su acción exterior al servicio del prójimo, la obra social objetiva, que especifica su familia religiosa, sigue siendo una obra puramente activa: enseñanza de verdades profanas, cuidados sanitarios, obras parroquiales, etc. Para cuidar eficazmente a un enfermo no es necesario conocer el tratado de la Trinidad; basta tener la ciencia médica y la experiencia del oficio de enfermero o enfermera, igual sucede en todas las demás obras de la vida activa.

La obra del contemplativo puro, en cambio, está centrada en Dios sólo: la “lectio divina”, el “Opus Dei”. En la vida contemplativa todo está orientado hacia Dios.

La obra “mixta” conjunta las exigencias de la vida activa y de la vida contemplativa. Es esencialmente una obra exterior al servicio del prójimo. Esto requiere el ejercicio de la palabra para actuar sobre los demás, y por eso su técnica pertenece a la vida activa, pero el objeto de su enseñanza es Dios, u otras verdades divinas. Su objeto principal y privilegiado es el misterio de la Trinidad; y bajo esta luz suprema todo lo demás. Queremos decir que es imposible comunicar la verdad divina sin conocerla y sin poseerla con una profundidad superior a la de los puros contemplativos, a quienes basta vivirla de una manera inefable y personal en el silencio del amor. La vida mixta requiere como fuente interior de esta acción iluminadora un conocimiento contemplativo muy alto de Dios y de todos los misterios cristianos. Cuanto más elevado es el objeto de esta enseñanza, más contemplativa es su luz objetiva. El Predicador enseña una doctrina divina en la irradiación de la luz del Verbo.

No hay en la tierra una actividad superior a esta función “iluminadora” de los espíritus. La “predicación” del Evangelio y de los misterios de Dios, la “doctrina” en sentido tomista, exige, postula, de sí, en su misma esencia, estar completamente penetrada de luz divina, derivarse de una vida contemplativa sobreabundante e irradiadora. Para ser perfecta, la vida mixta presupone la contemplación como fuente interior y exige proceder bajo la irradiación actual de esta vida contemplativa que forma parte de ella como un fin superior que anima su actividad iluminadora.

Si nos aconteciera el no sentir ya las altas exigencias de un estudio asiduo de la verdad divina y de una contemplación profunda de los misterios de Dios, esto significaría que habríamos dejado de comprender el fin sublime de la Orden apostólica de los Predicadores. El estudio de las ciencias sagradas y la “primacía” de la vida coral, entre nuestras observancias monásticas, en vez de contarse entre los grandes medios de nuestra misión de luz, se convertirían en pesadas cargas supererogatorias de las que estaríamos tentados a desembarazarnos; esto significaría decaer y marchar a grandes pasos hacia la decadencia de la Orden.

Guardémonos de separar en nuestra vida lo que Dios ha unido para siempre en el ideal y en el alma de Santo Domingo. Fin y medios permanecen indisociables. Ellos han asegurado a la Orden y le asegurarán siempre su equilibrio y su fecundidad.

Este es, a mi parecer, el sentido profundo de la fórmula tan expresiva del carácter esencialmente doctrinal del ideal de la Orden: “Contemplari et contéplata aliis tradere”.

Con esta misión de la Orden se relaciona un corolario de extrema importancia: la indivisible unidad de nuestro ideal, a la vez contemplativo y apostólico.

Guardémonos de toda interpretación dualista que rompería la unidad de nuestro ideal de Predicadores. Cuando nuestro Hermano Tomas de Aquino, conforme a su genio didáctico, formulaba ese ideal de la Orden: “contéplata aliis tradere”, no hacía más que expresar en términos científicos la vida mixta realizada por el mismo Santo Domingo, de quien los testigos del Proceso de canonización no se cansaban de repetir que “vivía con Dios, o no hablaba más que de Dios”: “semper cum Deo vel de Deo”.

Nuestra misión doctrinal lleva para siempre el sello de esa misma poderosa unidad. No hay que concebir en la realización concreta de nuestro ideal de Predicador, de una parte, la búsqueda ardiente de una vida puramente contemplativa, y de otra parte, por añadidura, ocasionalmente, con arreglo a las circunstancias, un ejercicio accidental de la Palabra de Dios.

No, el fin específico y unificador de la Orden, “la Palabra de Dios”, es una obra de la vida activa: la predicación, “hablar de Dios”; pero con una predicación que presupone una mayor intensidad de contemplación que la requerida para la vida puramente contemplativa y que se encierra en esta palabra clave: “ILLUMINARE”, “evangelizar”, “iluminar” las almas, realizar entre los hombres el oficio del Verbo.

Esta unidad del ideal del Predicadores superior a la unidad respectiva de los dos otros tipos de vida activa o contemplativa, como la unidad del hombre, a pesar de su complejidad, está sobre la unidad de los otros seres inferiores, como la unidad del Verbo Encarnado, a pesar de la infinita distancia de sus dos naturalezas, trasciende la unidad de todos los seres del universo.

II. SUS FUENTES

Un ideal así constituye una cima de humanidad. ¿Hay que extrañarse de las cualidades eminentes y de las altas virtudes necesarias para su realización?

Se requieren dos exigencias fundamentales:

—en primer lugar, la adquisición de la ciencia sagrada, del Pensamiento de Dios, por medio de un estudio asiduo y la contemplación constante de las verdades divinas,

—en segundo lugar, el dominio de la técnica de la expresión que permita comunicar a los hombres, según las circunstancias, el mensaje de Dios; en definitiva, todas las riquezas del verbo interior y todos los recursos del verbo exterior, un enriquecimiento del pensamiento al máximo; y, en lo externo, una manifestación adaptada por la palabra, por lo pluma, por el pincel, por todas las técnicas de expresión, con todo el cortejo de gracias y carismas necesarios para la transmisión moderna de la Palabra de Dios.

Lo principal es el verbo interior. Se alcanza de dos maneras: por el trabajo personal y por la inspiración divina.

La sabiduría de la Orden ha organizado este trabajo en las Constituciones.

En la jerarquía de los valores, el estudio de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios, ocupa el primer lugar. El mismo Santo Domingo nos dio ejemplo y no cesaba de prescribir a sus hijos el estudio asiduo del Antiguo y del Nuevo Testamento. Nada es comparable a ese contacto personal del alma con el Verbo que nos habla por las Escrituras. San Ambrosio decía que ahí “se bebe a Cristo en la fuente”, y San Jerónimo añadía: “Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”.

La Biblia debe ser el alma de nuestra predicación como de nuestra teología. Nos debe bastar el recuerdo de nuestra historia. Nuestros padres realizaron los más grandes trabajos escriturarios de la Edad Media, y no sin motivo ha dado Dios a la Orden el más grande exegeta de la Iglesia desde los tiempos de San Jerónimo: el Padre Lagrange y su Escuela bíblica. En la actualidad, la “Biblia de Jerusalén” señala con esplendor la preocupación primordial de la Orden en responder a su misión doctrinal, al servicio de la Palabra de Dios. Para ser fieles a las necesidades actuales del mundo, deberíamos poder ofrecer a la Iglesia sus mejores exegetas, así como sus mejores teólogos.

El culto tradicional de la Orden por los Padres de la Iglesia procede precisamente de una admiración profunda hacia esos gigantes del pensamiento que han salvado y propagado la fe, perpetuamente inclinados sobre las Escrituras, a fin de penetrarlas a fondo y presentarlas al pueblo cristiano.

Pero la Biblia no lo es todo y habría peligro de empobrecer al encerrarse en un biblismo demasiado estrecho. La sabiduría de Dios alcanza de uno extremo a otro todos los seres del universo. El pensamiento dialéctico, solo, bajo la luz directora de la fe

puede permitir a la Palabra de Dios extenderse a todas las necesidades de los hombres y hacer descender la Luz increada sobre todos nuestros problemas de acción. El papel del magisterio de la Iglesia y del Predicador es manifestar a los hombres, según las más variadas circunstancias históricas, la verdad divina.

Al lado del trabajo de la fe que busca en las Escrituras y en los otros documentos de la Iglesia las huellas de la Revelación divina : “fides quaerens documentum”, hay sitio para otro trabajo, aún más necesario y más profundo, de un alcance inmenso en el dominio de la construcción científica como en el de las aplicaciones prácticas: la fe que busca penetrar por el análisis y la síntesis en las últimas profundidades del dato revelado, convirtiéndolo en principio constante de la acción en todos los dominios de la existencia humana individual, familiar, profesional, social e internacional: “fides quaerens intellectum”.

Para realizar esta tarea gigantesca, la Iglesia hace un llamamiento al concurso de todos sus hijos y de todas las mentes.

Hay un maestro excepcional que ella ha escogido y designado como guía oficial de los estudios, cuyos principios y método deben servir de norma al pensamiento de todos: Santo Tomás de Aquino. Maestra de la verdad, la Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, sabe el precio de la unidad de las mentes.

No sin un designio manifiesto la Providencia ha confiado a la Orden de la Palabra de Dios el mayor genio didáctico del pensamiento cristiano; esto es subrayar con fuerza que la Palabra del Predicador debe estar alimentada por la Teología. Tocamos aquí el punto esencial de nuestra misión en la Iglesia y la fuente principal del carácter doctrinal de nuestra predicación.

Por mi parte, estoy profundamente convencido que la enseñanza de Santo Tomás constituye la mayor riqueza doctrinal de la Orden y de la Iglesia al servicio de la Palabra de Dios. La Suma teológica, expresión sabia pero eco fiel del Evangelio, debería estar en nuestras manos día y noche, como el breviario doctrinal de la Iglesia militante, hasta el fin de los siglos. No es un libro encerrado en sí mismo, un libro del pasado, una suma de conclusiones, sino una suma de principios abiertos sobre el porvenir; no un “mojón”, decía el Padre Lacordaire, sino un “faro”.

Después del Evangelio, ningún libro iguala el poder formativo e iluminador de la Suma teológica para el predicador. Es necesario leerla en el sentido en que fue concebida: ella fue la solución del más grave problema intelectual de su época por la integración del aristotelismo y de toda la cultura humana de aquel tiempo al servicio de la fe. Guillermo de Tocco, en un texto que se ha hecho célebre, repite nueve veces seguidas el epíteto “nuevo” para indicar la fuerza creadora del genio del joven Tomás de Aquino. “En su clase proponía nuevos artículos, con nuevo y claro método; aducía nuevas razones en las cuestiones, de tal manera que nadie que le oyera enseñar cosas nuevas y resolver las dudas con nuevas razones podía dudar que Dios le había iluminado con rayos de nueva luz. Alcanzó tan pronto la madurez de pensamiento, que

no titubeó en enseñar y escribir las nuevas opiniones, que Dios se dignaba nuevamente inspirarle. Y así escribió siendo bachiller y al principio de su magisterio un Comentario sobre los Cuatro Libros de las Sentencias, elegante en el estilo, profundo en ideas, claro de inteligencia y explanado en nuevos artículos”.(Vita S. Thomae Aquinatis, cap. XIV.)

La palabra de Dios para ser eficaz debe adaptarse a todas las generaciones por un esfuerzo nuevo, personal, creador. Fidelidad creadora, he ahí la verdadera fórmula que fija el sentido de este esfuerzo necesario. Ni anti-moderno por integrismo y conservadurismo estancado, ni ultramoderno por snobismo y preocupación pueril de estar al día. Ni infra-moderno por complejo de inferioridad y falta de audacia y de vigor intelectual del cristianismo. Sino, con resolución y simplicidad, verdaderamente moderno a fin de encarnar el mensaje del Evangelio en un lenguaje siempre vivo; aún, mejor, supra-moderno, capaz de juzgar los problemas de hoy a la luz divina, que trasciende todos los tiempos, en perspectivas de síntesis donde pasado, presente y futuro se esclarecen por la actualidad de lo eterno. Las directrices de la Orden insisten sobre este punto capital, del cual depende el imperio de la verdad sobre los hombres de nuestro tiempo. Que los problemas fundamentales de estructura, las posiciones-clave del tomismo, sean asimilados por todos en su cohesión orgánica; pero que los profesores no se eternicen indefinidamente sobre viejas cuestiones de escuela, ya pasadas, sino que busquen “ante todo” la manera de resolver, a la luz de los principios tomistas, los problemas de hoy¹.

Esta es una declaración capital que se remonta al espíritu del Evangelio “Nova et vetera”, del cual el genio de un Alberto Magno, de un Tomás de Aquino o de un Padre Lagrange han dado un ejemplo magnífico, persiguiendo cada uno en su dominio esa obra de asimilación, de rejuvenecimiento y de adaptación que reclamaban las necesidades de su tiempo, con una osadía tranquila y segura de sí misma, porque brotaba de un alma atenta a las contingencias de su época, formada en un clima de Iglesia y dócil al Espíritu de Dios que anima cada generación.

Para estar a la altura de su misión providencial, la Orden debe conservar la misma potencia creadora. Sin este esfuerzo de fidelidad creadora, el mundo moderno corre el peligro de dar vueltas a nuestro alrededor, sin nosotros; y la Iglesia de mañana deploraría una vez más una inmensa pérdida de almas, pero demasiado tarde. En cada gran país la Orden de la Verdad debería ser, con inteligencia y valentía, un indefectible “baluarte” de la fe.

La misión doctrinal de la Orden exige, pues, absolutamente de parte del Predicador: un alma de Iglesia y un alma moderna, alimentada de pensamientos tradicionales y sensible a todas las aspiraciones contemporáneas. Son demasiado raros los espíritus capaces de tal potencia de síntesis.

¹ “In schola ubi proponitur SUMMA S. Thomae, articulus S. Doctoris non legatur compendiose et confuse, sed distinctim et articulatim declaretur et expo-natur, rationem habendo non sententiae solum, sed etiam ordinis atque connexionis textum. Neque tempus teratur in minutis et obsoletis controversiis, sed praecipue doceatur quomodo ex principiis et doctrina S. Thomae Aquinatis huius temporis problemata solvi possunt”. (Constitutiones, núm. 665).

A esta tarea, ya inmensa, de adquisición de un verbo interior, dueño de un pensamiento a la vez tradicional y adaptado a los hombres de nuestro tiempo, debe añadirse otra, indispensable: la preocupación de la presentación literaria y artística. Hay pozos de ciencia, pero de los cuales no se puede sacar nada. Nuestro modelo, el Verbo, que es la suprema Inteligencia, se hizo carne y belleza sensible para atraernos. El estilo es el vehículo más poderoso del pensamiento. Por añadidura, según la fórmula célebre de Cicerón, “el estilo hace al orador”; y, sin requerir una retórica rebuscada, la Palabra de Dios exige, no obstante, un vestido literario digno del Verbo. Hacen falta largos años de estudio y de ejercicio para adquirir ese dominio de la expresión que ha hecho a los grandes oradores y grandes escritores. ¿No hablaba el Padre Lacordaire de “crucificarse con su pluma”?

El dominico está llamado a realizar toda la gama del “ministerio de la Palabra”, prolongándolo “en múltiples escritos” (Constituciones, número 3) mediante el oficio de escritor a través de las revistas, los libros, la prensa, de mayor importancia en el mundo actual; como también por medio del arte, la pintura (como Fra Angélico), la radio, la televisión, el teatro, el cine y demás técnicas modernas. A través de estas formas múltiples avanza el genio doctrinal de la Orden al servicio de la Palabra de Dios y del Reino de Cristo.

Para realizar perfectamente el ministerio de la Palabra no basta el trabajo humano. Por más indispensable que sea adquirir la ciencia por el estudio asiduo de la verdad divina y poseer la técnica de la expresión, es necesario también, como para los profetas y los Apóstoles, una inspiración divina. Reducir nuestra tarea al esfuerzo humano solo, sería minimizar el ideal del Predicador. Sin duda el fin colectivo, social, de la Orden, de su finalidad propia, específica: la predicación, consiste en la puesta en acto de todas nuestras facultades al servicio de la manifestación de la verdad a los hombres; pero se trata de una verdad sobrenatural, totalmente divina, que exige para alcanzar el máximo de eficacia que el instrumento humano sea dócil plenamente al Espíritu de Dios. Los Apóstoles sólo pudieron realizar la propagación de la fe y la fundación de la Iglesia después de haber recibido el Espíritu Santo en Pentecostés.

Nuestra mentalidad moderna, impregnada de racionalismo crítico y de laicismo, corre el peligro de velarnos esta verdad capital, confirmada no obstante por toda la historia de la evangelización de los pueblos. Nuestra doctrina mística nos enseña que el alma cristiana no encuentra la plenitud de su perfección más que en un clima teologal y bajo el régimen de los dones del Espíritu Santo. ¡Cuánto más, para el alma del Predicador, apóstol de Cristo! Sin duda ha pasado la hora de los prodigios y carismas de la Iglesia primitiva, aunque el poder de Dios acompañe siempre a los misioneros de la Palabra, otorgándoles todas las gracias de estado y todos los carismas que requiere la evangelización actual de las almas.

De hecho, la tarea heroica, sobrehumana, de la Orden, a través de los siglos, no puede explicarse más que por la asistencia continua del Espíritu de Dios, Alma de la Iglesia. Al igual que los Profetas y los Apóstoles, todos nuestros santos, modelos de

esfuerzo personal, son ante todo hombres llenos del Espíritu Santo, obrando en la plenitud de desarrollo de su talento humano, pero animados por las mociones incomparablemente superiores del Espíritu de Dios, como lo manifiesta con esplendor la obra apostólica y misionera de San Jacinto. Apóstol de Polonia y de los países eslavos.

Los biógrafos de Santo Tomás no han dejado de resaltar que la ciencia de este trabajador infatigable procedía más del Espíritu Santo que de su propio genio: “más infusa que adquirida”. Sus más altas intuiciones intelectuales le venían de los dones de sabiduría, inteligencia y ciencia; después, en la hora de su trabajo didáctico, sabía explotarlas, asumiendo a la vez, al servicio de la verdad contemplada, las leyes rigurosas de la ciencia, y la técnica de la expresión.

Raquel, la gran artista francesa, maravillada de la elocuencia del Padre Lacordaire, murmuraba con admiración: “Esto está por encima del arte”.

Más que nunca, en este mundo moderno, para estar a la altura de su vocación divina, la Palabra del Predicador debe brotar simultáneamente de su trabajo personal y del soplo de Pentecostés que hace a los Apóstoles y a los santos. La santidad sola no basta. La técnica sola está tarada de esterilidad; la acción iluminadora del Predicador exige la síntesis de las dos.

COROLARIO Y CONCLUSIÓN

PALABRA DE DIOS Y ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

La Palabra de Dios, fin específico de la Orden, constituye de este modo el principio arquitectónico, organizador de todo el conjunto de nuestra vida dominicana. Verdaderamente, la Palabra de Dios es la clave de bóveda de la Orden. El ministerio de la Palabra resume toda nuestra historia y lo polariza todo por una admirable convergencia de todos los medios a este fin: los tres votos religiosos, la vida común y las observancias monásticas, el estudio asiduo de la verdad divina, el silencio, padre de los Predicadores, las instituciones contemplativas de la oración litúrgica. La experiencia de las almas termina de formar al apóstol.

Un corolario de importancia capital se desprende de este principio base. Palabra de Dios y espiritualidad dominicana son dos términos correlativos, indisociables. El ministerio de la Palabra es el fundamento de nuestra espiritualidad dominicana, comunicándole tres propiedades esenciales: ser apostólica, doctrinal y eclesial.

No somos puros contemplativos, sino “Predicadores” y “campeones de la Fe”, “púgiles fidei”. Esta fórmula es la clave de nuestra espiritualidad. Ser “campeón de la Fe” reclama un estilo especial de vida. Nuestra espiritualidad es una espiritualidad de combate. Una espiritualidad es una manera particular de pensar, de querer, de sentir y de obrar. Implica la síntesis de todas las virtudes cristianas, pero con tonalidades diferentes según el juego conexo de esas virtudes en vista a la realización de un fin. El

alma dominicana que ha recibido la misión del Verbo tiende a comunicar su Luz: es apostólica por vocación; su fe, iluminada por el estudio, irradiada por los dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, quisiera iluminar todo el cuerpo místico de Cristo. Con una esperanza invencible, su caridad apostólica, sacada de un ardiente amor al Dios-Trinidad, se hace iluminadora de una multitud de almas. La virtud de la prudencia, inspirada por el don de consejo, organiza su existencia para permitirle irradiar al máximo la luz; su justicia, ensanchada hasta lo infinito por el don de piedad, se inclina sobre todos los hombres; su fortaleza es magnánima en la alegría del sacrificio, y su pureza trasfusiva, a fin de que el apóstol de la luz pase sobre la tierra como una transparencia de Dios.

El tipo ideal de esta forma especial de santidad es Santo Domingo, en quien Dios nos ha predestinado. Según una ley providencial, recordada con frecuencia por la Iglesia, cada fundador de Orden es la encarnación de la fórmula de santidad en su familia religiosa. Es, pues, en Santo Domingo donde debemos saber hallar todo el ideal de la Orden y la esencia toda de nuestra espiritualidad: una espiritualidad de Predicador. En él encontramos todos los elementos esenciales del ideal dominicano, ordenados y realizados por la Palabra divina. Algunos de sus hijos podrán rebasarle en tal o cual punto particular: un San Alberto Magno o un Santo Tomás de Aquino por su genio intelectual, un San Vicente Ferrer por su poder taumáturgico, un Lacordaire por su genio de la elocuencia. Nadie le igualará en la expresión sintética del ideal de la Orden. Así lo comprendieron nuestros santos. Un San Pío V, Papa, se hacía leer durante las comidas la vida de su Padre Domingo; Santo Tomás de Aquino es el incomparable Doctor del ideal de nuestra Orden, pero Santo Domingo sigue siendo el Padre. En él brilla en una armonía superior toda la espiritualidad del Predicador.

Es necesario insistir sobre el carácter doctrinal de la espiritualidad dominicana, fundada esencialmente sobre el dogma y los principales misterios de nuestra Fe, como conviene a la Orden de la verdad, a la Orden de los doctores: “Ordo doctorum”. Las oraciones compuestas por Santo Tomás de Aquino están llenas de su enseñanza. Este mismo sentido teológico anima toda vida de oración auténticamente dominicana. Es notable que de la misma Orden de Santo Domingo hayan brotado la Suma Teológica y el Rosario, sabia exposición y presentación popular del mismo Evangelio, expresión de la misma Palabra de Dios por un mismo genio doctrinal.

Finalmente, es en un clima de Iglesia donde el Predicador recibe y proclama la Palabra de Dios. La palabra dominicana no quiere ser otra cosa que la misma voz de la Iglesia, el eco fiel de las enseñanzas pontificias, de los obispos, de aquellos a quienes Cristo ha confiado el ministerio de la Palabra y cuyo desempeño ellos han delegado en nosotros. “In medio Ecclesiae aperuit os ejus”. Es en un clima de Iglesia donde todos nuestros doctores han proclamado la verdad a la faz del mundo. Debería poderse decir de cada Predicador como de nuestro Padre Santo Domingo: “Fue una luz de la Iglesia”. “O lumen Ecclesiae”.

Tal es la sublime misión que Dios ha confiado a la Orden; cumplir el oficio del Verbo, pasar como una luz en medio de esta Iglesia militante, en la espera de perdernos, con la Iglesia triunfante, en ese Verbo, Pensamiento Eterno del Padre, y solo Palabra adecuada al misterio de Dios.

Fr M. M. Philipon O.P.
Toulouse

LAUS CHRISTO REGI GLORIAE